

DESCUBRIMIENTO  
Y  
EMPRESAS DE LOS ESPAÑOLES  
EN  
LA PATAGONIA



ATENEO DE MADRID



DESCUBRIMIENTO

Y

EMPRESAS DE LOS ESPAÑOLES

EN

LA PATAGONIA

CONFERENCIA

DE

D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

leída el 3 de Marzo de 1892.



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, núm. 20

1892



## SEÑORAS Y SEÑORES:

Hasta aquí el espectáculo físico y moral que os han ofrecido el descubrimiento, las exploraciones y conquistas sucesivas y la colonización del Nuevo Mundo, se destacan ante vuestra consideración con los matices seductores de su natural grandeza. Pero esta *divina comedia* tiene su *infierno*; y yo vengo á trazaros aquí esta noche un cuadro sombrío de patéticas y trágicas aventuras; el horror de una naturaleza enteramente yerma, árida y esquiva, y la medrosa silueta de inmensos territorios de una esterilidad uniforme y de un país donde contra todo lo que representa vida, y principalmente contra el hombre, se juntan en un aterrador concierto todas las inclemencias imaginables y todos los espantos de una muda desolación.

No temed, que por esto la maravillosa cadena de nuestras glorias nacionales, que aquí todos cantamos con emoción palpitante, se interrumpa. El trágico dolor de los sacrificios frustrados impone también en los espíritus viriles el sello de su veneración; y aquí, en estos parajes, adonde por ventura era fuerza llegar en el régimen meditado de estas conferencias, de la misma manera que en las comarcas más afortunadas y florecientes que otros os han descrito, veréis también durante tres siglos agotar á nuestros animosos abuelos todos los recursos de su variada, heroica, sufrida, perseverante y fértil iniciativa, como en aquellas otras regiones donde las vegas encantadas de Mé-

jico, las cordilleras majestuosas del Perú y las alegres márgenes del Orinoco son recreación seductora y primor refrinado de un espléndido espíritu creador, ó donde los imperios opulentos de los Moctezumas y de los Incas acicates promovedores de las inauditas hazañas de la ambición y el valor. El cuadro de mi tapiz sólo es distinto en los resultados, aunque lo inunde el mismo reflejo luminoso del arrojo para acometer las empresas que voy á describiros y de la paciencia para sufrir sus contrariedades. Porque, en efecto, aquí no habéis de ver sino alientos animosos que naufragan en el piélago insondable de estériles heroísmos.

Yo vengo á hablaros esta noche de aquel dilatado triángulo de las tierras patagónicas, último tercio y término por donde el continente meridional del Nuevo Mundo marca al Sur el extremo antártico de la habitación del hombre sobre la tierra firme del planeta y cuya extensión y límites todavía se evalúan en el estadio científico por cálculos de aproximación; de aquel pedazo del globo que mide centenares de leguas de superficie, y que, después de haber soportado tres siglos de nuestro dominio, enteramente hipotético, y casi otro entero de que se lo disputen, no más que sobre el mapa también, los nuevos pueblos limítrofes emancipados que con la base de este triángulo al Norte y con uno de sus lados al Oeste, forman sus fronteras naturales, la República Argentina, que se contiene, aun después de las últimas triunfales expediciones del general Roca, en la abrupta y larga margen del Río Negro, y Chile en la barrera de fuego y de granito de la colosal y encendida costilla de los Andes, sigue siendo un problema no resuelto, y que parece no se resolverá en mucho tiempo, para la geografía lo mismo que para la política, pues en sus campos desamparados, de igual manera han fracasado en nuestro siglo, que en los antecedentes la audaz y paciente subordinación á que han querido someterlos el imperio de la ciencia contemporánea, que todo lo invade, seduce y avasalla, y las empresas más temerarias todavía de la especulación, del comercio y de toda la economía humana.

Si acudís á los manuales de la geografía que se enseña en aquel nuevo hemisferio en todas las escuelas de las dos lenguas preponderantes, la Patagonia, incluyendo como su anexa la

*Tierra de Fuego*, mide un área de 974.000 kilómetros cuadrados. Si consultáis el Censo argentino, esta cifra asciende nada menos que á 1.086.925 kilómetros cuadrados. Pero la Planimetría del Instituto Perthes os da 17.700 leguas geográficas alemanas cuadradas, siendo, como sabéis, cada legua geográfica alemana de 7.420 kilómetros, y en opinión de otros sabios, la misma mensura fluctúa entre 8.000 y 12.800 leguas geográficas de las de 15 al grado. De modo que ya en esto encontraréis un fondo esencial de divergencias científicas que denotan que en cuanto á esta vasta extensión de tierra americana se refiere, hemos de caminar á tientas todavía, como á los principios del descubrimiento hace cuatro siglos, sin que los progresos de nuestra edad hayan podido romper hasta ahora el velo de inclemencia que oculta aquel país al ojo del político, del colonizador y del sabio.

La constitución geológica de su suelo, con los aditamentos de su fauna y de su flora, no son enigmas mejor descifrados. Leeréis en todas las obras científicas que tratan y describen la América Meridional, las teorías sobre lo que se ha convenido en denominar modernamente la formación patagónica. Unos os la asemejarán á la de la Pampa, con la que el extremo superior de la Patagonia se comunica, y aun en parte se identifica, sobre todo en el territorio intermedio, entre las dos corrientes del Río Negro y Colorado; si bien desde aquí, como en la formación pampera acontece, sobre el estuario de la formación terciaria patagónica no se extiende el terreno diluviano que ha venido á modificar aquellas otras más fértiles llanuras. Otros os la asimilarán á la del Paraná, en la provincia argentina de Entre Ríos, de un aspecto exterior tan disconforme, á pesar del abandono en que yacen sus fuerzas vegetativas á causa de la escasa población de aquellos departamentos; pero donde se ha creído hallar capas con los mismos fósiles de la Patagonia. Y no faltarán ilusos ó cándidos que, buscando el tipo de semejanza en las áridas chapadas ó campos diamantíferos del Brasil, inducirán á los incautos, á quienes fácilmente alucina toda engañadora perspectiva de ventaja y de fortuna, á perseguir placeres de diamantes entre el ingrato asperón y el difuso acarreo de piedras eruptivas que en aquel suelo de la Patagonia, que no produce ni hierbas, ni aun reptiles, se ex-

tiende hasta las mismas costas á centenares de leguas de los volcanes andinos.

Lo que el ojo científico moderno hasta ahora ha visto y estudiado en aquellos parajes de desolación, donde por todas partes no aparecen sino las ciclópeas ruinas de una naturaleza despedazada entre pavorosos trastornos plutónicos y la influencia no menos trastornadora del próximo polo, con excepciones muy limitadas y de inferior importancia, no va mucho más lejos de lo que durante tres siglos de acometidas incesantes alcanzaron nuestros mayores; pues aunque en el siglo pasado, el jesuíta irlandés Thomas Falkner, destacado de nuestras misiones, y en este siglo el capitán alemán Muster, con varios otros intrépidos exploradores argentinos, Moreno, Lista y Moyano, y varios profesores de los establecimientos científicos de Buenos Aires, entre ellos, los Doctores Burmeister, Heusser y Claraz, ya siguiendo los pasos de Snows y Darwin, ya emulando la temeridad de otros extraños aventureros, como el yankée Coan, el alemán Beertothns, la atrevida inglesa Lady Florence Dixie y el genovés Giacomo Bove, han querido hacer creer, en sus obras respectivas, en su mayor número más novelescas é ingeniosas que fruto de observaciones definitivas, que habían podido cruzar en direcciones varias tan vastas soledades, desde las corrientes del Río Negro ó los inhospitalarios puertos de las costas del Atlántico, hasta las vertientes andinas y las miserables selvas magallánicas, todavía no han conseguido agregar un dato más de novedad y utilidad efectiva á lo que nosotros durante nuestra dominación conocíamos, ni describir un terreno sobre el que no les hubiera precedido la planta, no menos audaz y temeraria, de antiguos españoles, ni hablarnos sustancialmente de nada de que no nos hubieran antes hablado con ingenua verdad, precisión y elocuencia las tres grandes generaciones que allí envió el valor y el genio de España para intentar adquirir el sólido dominio de aquella tierra que escapa á todos los resortes de la subordinación: primero la generación viril de los héroes y descubridores de hazañas casi legendarias; después la generación piadosa y pacífica de nuestros misioneros cristianos, y por último, la tercera generación de los hombres laboriosos de la administración y la ciencia que en diversas expediciones marí-



timas y terrestres allá fueron á llenar los grandes ideales de la civilización y de la patria.

Quédense, pues, las noticias incompletas que aun la ciencia nos da sobre la topografía de las tierras patagónicas para el acopio de los rudimentos escolares; que para nosotros el discutir inciertamente sobre datos desconocidos nada ilustra el campo de nuestro estudio. De ninguno de los ríos que cruzan en 245 leguas argentinas este territorio, desde las fuentes del Negro hasta el Estrecho de Magallanes, se alcanza más de lo que sabían nuestros abuelos, salvo que algunos nombres han cambiado. El curso del río Chubut todavía no se dibuja sobre los mapas con un trazado definitivo. Los del San Jorge y Deseadó, que desaguan en el golfo y puerto respectivo de sus nombres, se ignora dónde nacen, qué afluentes los alimentan y cuál es su dirección tortuosa á través de las tierras incógnitas que atraviesan. El que abre el puerto de San Julián, que tanto papel desempeña en las relaciones de nuestros primeros exploradores, ha perdido el nombre de Río de *Juan Serrano*, con que se le marca en los mapas antiguos desde la primera expedición de Fernando de Magallanes. Estrechando más abajo la punta austral de este continente, se ha pretendido dar una dirección acertada hacia sus orígenes á Río Chico, Río de Santa Cruz, el Chalin que á éste afluye, y Río Gallegos, acentuando su inclinación de NO. á SO. desde las vertientes andinas y los lagos que manan á sus pies hasta las orillas en que el puerto de San Julián y el de Santa Cruz ofrecen mayor abrigo á las embarcaciones que todo el contorno superior de la costa patagónica. Pero estos trazados son puramente arbitrarios. El hombre civilizado no ha podido penetrar todavía en el interior de aquellas tierras. Los últimos geógrafos que sobre estos países han escrito, se limitan á hacer constar que, no existiendo un curso perenne de agua sino por cada 61 leguas y media de terreno, y no conociéndose lagunas permanentes, aunque los indios hablen de ríos interiores que nadie ha visto, que tal vez sean imaginarios ó tal vez se sepulsen en aquellos desolados desiertos, el litoral de la Patagonia no sirve para la agricultura, y por lo tanto, para la habitación sedentaria y la población del hombre. El indio mismo evita el tránsito de aquellas mesetas interminables,

áridas, secas y desprovistas de vegetación, cortadas á intervalos por profundos bajos, y efectúan sus periódicas emigraciones de un paraje á otro por las vertientes de la cordillera, que ganan subiendo y bajando alternativamente las riberas de los ríos.

El capitán Muster ha querido sentar una teoría peregrina sobre la habitabilidad de estos territorios por medio del desvío de los cauces actuales de las aguas corrientes, haciéndolas derramar sobre las mesetas infructíferas para que las rieguen, y estableciendo desde luego para acometer paulatinamente tamaña empresa, que duraría siglos, un cordón de ciudades y villas como el que se articula en la Argentina desde Jujuy hasta San Rafael, por toda la vertiente oriental de la cordillera; pero éste es uno de aquellos problemas que no son susceptibles de solución. Las observaciones científicas demuestran que desde el territorio de las Pampas, mientras más se avanza hacia el Sur, mayor es la esterilidad, más seco el clima y más raras las precipitaciones atmosféricas. Todo allí se combina para esta abrumadora desolación: cielo y suelo, clima y vientos, y cuantos medios cuenta la naturaleza para otorgar ó negar las dádivas de su opulencia.

De fauna y flora estamos lo mismo: el tipo zoológico más característico de aquel vasto territorio, sobre todo en las cercanías de los parajes húmedos, lagos ó ríos, es el del guanaco, la providencia del indio, y el puma; desde las cordilleras que limitan estos desiertos con elevaciones de más de dos mil metros, como el Machinmadiva y el Yanteles, surcan su cielo el condor y el ibis, y sobre las aguas de sus mares al E. y al S. sobrenadaban, al aparecer allí por vez primera los españoles, focas y aun ballenas. Los tipos de su vegetación no son más numerosos. En los bajos, donde llega el influjo del agua, algunas *gramíneas* y *glumáceas*, y varias especies de *gynerios*, *phalaris* y *tiphás*; en los valles cubiertos de eflorescencias salinas algunas *salicornias* y *sinantéreas*, y en todas partes los *capfus* de espinas de dos y tres pulgadas, y tan resistentes, que abren el vientre á los caballos. En el valle del Río Negro el sauce americano, que causó que nuestros primeros descubridores dieran también á aquél, que es el mayor y más poderoso de los ríos patagónicos, el nombre de *Río de los Sauces*, y en los lugares donde á veces

hay pastos, ya entre el Negro y el Colorado, donde son más permanentes, ya en algunas zonas entre el Chubut y el Negro, la vegetación leñosa la forman algunos matorrales de plantas espinosas de menos altura que el hombre y caracterizadas por el mezquino desarrollo de sus hojas, que á veces faltan por completo, tales como las *colletias insidiosas*, las *duvanas*, los *prosopis* y una especie de *jarilla*. El indio no halla en aquel suelo estéril tubérculos y hierbas alimenticias, y tiene que procurarse su sustento, ó por medio de la caza del guanaco y del llama, cerca de la cordillera, ó de los productos del mar en los pocos lugares de la costa que visita. Cerca de aquellas mismas cordilleras, en sus vertientes, se dilatan algunas fajas de arbolado, formando parte de los famosos bosques antárticos que, no sólo se extienden hasta el Estrecho de Magallanes, sino que establecen una cintura arbórea por la Tierra del Fuego con una flora alpina característica á poca altura del mar; pero aun esta misma vegetación languidece y hasta se extingue en la pendiente andina patagónica ú oriental hacia el 39° donde se ensancha el continente

Del habitante de estas regiones, gracias á la ponderación de los primeros descubridores, y sobre todo al italiano Pigafetta, que tomó parte en la expedición de Magallanes, y aun en el siglo último al capitán Byron, á Carteret, Cook y Forster, han existido en toda Europa durante más de tres siglos las noticias más exageradas. Se les creía gigantes y se hablaba de hombres de trece y hasta catorce pies y algunas pulgadas de altura. Nuestros escritores de mayor autoridad sólo les llamaron *agigantados*, es decir, de estatura más que mediana. Sobre el número y variedad de sus tribus, el jesuíta Falkner también generalizó ideas poco exactas. Los europeos, desde el descubrimiento, sólo han tratado á los que en míseros toldos y aduares habitan los parajes cerca de los ríos Negro y Chubut, y de los lagos abiertos al pie de las cordilleras, y que en su vida nómada y errante ya aparecen en las aproximaciones de las Pampas argentinas, ya trasmontan las empinadas fronteras chilenas, ya descienden hacia las lejanas extremidades del estrecho. Así los indios serranos, como los aucas y tehuelches, hablan de multitud de naciones habitantes en el interior desde el Río Negro hasta el

término austral; pero estos datos no son más verídicos que el de los ignotos ríos interiores y los de las antiguas consejas de la ciudad de los Césares. La tribu de los tehuelches es sin duda la más numerosa y la más genuinamente patagónica, y de ésta y de la de los *checheheches*, que son los serranos ó montañeses, se originan las otras ramas de los *leubuches*, ó gente de río, de los *calichiches*, ó gente de la cordillera, y de los *chulilancunis*, *lehuancunis*, *jacanacunis*, etc. Los primeros descubridores españoles estimaron que, dada la inmensa despoblación de tan vasto territorio, aquellas tribus constituirían un conjunto de habitantes de la Patagonia, no mayor de 20 á 24.000 almas, y, en efecto, todavía esta es la cifra de aproximación que consignan los tratados de geografía y los censos y estadísticas recientes, así de Chile como de la República Argentina.

Su vida corresponde á la miseria de la naturaleza en que viven. No son siquiera bravos y feroces, como otras tribus americanas y como sus mismos vecinos transmontanos de los Andes, aquellos famosos habitantes del valle de Arauco, cuya paternidad algunos les adjudican. Su vestido se compone de un manto hecho de piel de guanaco, y sus galas son algunas plumas de ave con que se adornan. Desde que los españoles connaturalizaron el caballo en aquellas regiones, se hicieron diestros y atrevidos jinetes. Sus casas son rudas cabañas, y sus armas defensivas lanzas, flechas con puntas de pedernal y hondas para arrojar piedras. Falkner les atribuyó algunas ideas religiosas; la creencia en un ser supremo que bajo su arbitrio tiene una potencia superior benéfica y otra maligna con que dirige el destino de sus criaturas. Con todo, entre los tehuelches cada casa tenía su Dios, á quien creía que cada familia era deudora de su generación particular. Creyendo en la inmortalidad del alma y en la existencia de una vida ulterior, profesan la religión de los sepulcros, y las ceremonias religiosas por los que mueren se dirigen al espíritu del mal para que los libre de sus venganzas. Los entierros se hacen con ritos solemnes. Una de las mujeres del muerto se designa para hacer el esqueleto, despojando al cadáver así de sus entrañas como de sus carnes, que se queman. Los huesos descarnados se exhuman en el lugar donde lo fueron los antecesores del difunto, y en su sepultura cuadrada se introduce

su caballo, que se mata. El luto dura un año, durante el cual la viuda está obligada al llanto y al ayuno, á vivir encerrada y á no lavarse la cara ni las manos. Los españoles hallaron que cada tribu tenía cierto número de hombres organizados para la guerra; pero verdaderamente se hallaron siempre en amigable comunicación con ellos, hasta que el irlandés Falkner trató de envalentonarlos contra nuestros colonos de la provincia del Plata y del Gobierno de Chile. Entonces se distinguieron algunos caciques, á quienes siempre se les contuvo á poca fuerza. En esta paz han vivido después de la emancipación de nuestras colonias con las nuevas repúblicas, pues las querellas promulgadas por la Argentina en públicos documentos para justificar la expedición del general Roca y el ensanche de la frontera militar de la República del Plata, deben estimarse como razonamientos de buen parecer, innecesarios acaso, porque la obra de civilización realizada por esta empresa la dota de superiores títulos de aplauso y aprobación.

\*  
\* \*

Si los mitos y leyendas que desde el primer tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo utilizó la rivalidad contra Colón y contra España, procurando inundar el campo de la Historia, tuvieran ilusos adeptos contrapuestos á la razón, que creyeran en tales fábulas, sería preciso remontar el descubrimiento de las tierras patagónicas á algunos años antes de que el gran navegante revelara al viejo continente desde sus carabelas españolas victoriosas la existencia de aquel ignorado hemisferio. El autor de este prodigio fabuloso protocolombiano se suponía ser un alemán ó bávaro, natural de Nuremberg, Martín de Behaim, famoso cosmógrafo de su tiempo, constructor de mapas y globos que, no sólo alcanzaron una gran reputación en su siglo, sino que habiendo llegado á la posteridad algunos de estos documentos de la geografía antigua, han sido ponderados por nuestros sabios de mayor crédito con el entusiasmo y casi fanatismo que suelen despertar estas reliquias venerandas..... cuando no pertenecen á España! Martín de

Behaim puso su ciencia cosmográfica á servicio del rey de Portugal D. Juan II; bajo sus auspicios residió algún tiempo en Lisboa; bajo sus auspicios tomó parte en las expediciones exploradoras por las costas de África; bajo sus auspicios se casó y habitó varios años en la isla de Fayal en las Azores, y á causa de sus navegaciones en el Atlántico, á la sombra de la nítida enseña que esmaltan las quinas legendarias de nuestros hermanos del Oeste, se le atribuyó un viaje verificado en 1484, de que él fué el caudillo, y en el que, jantes que Cabral! descubrió la parte de América conocida posteriormente bajo el nombre del Brasil. Pero todavía hay más; porque derrotando el rumbo de sus naves más al Sur en demanda de los últimos términos australes, tuvo la fortuna de reconocer, antes que nadie pensara seriamente como Colón en la existencia de las tierras occidentales del Oceano, un país á cuyas tribus salvajes apellidó *patagones*, por llevar los extremos del cuerpo cubiertos con pieles, de modo que más bien parecían patas de osos que pies y manos de hombres.

La novela de Martín de Behaim no ha alcanzado en buena crítica mayor crédito que las demás relativas á los predecesores fabulosos de Colón, el Príncipe Madog ab Owen Gwynedd, de Gales, el navegante de Dieppe, Juan Cousin, y casi casi los expedicionarios septentrionales del siglo VIII al siglo XII. Pero en esta parte nosotros no podemos formular excesivos cargos á los extranjeros. La rivalidad contra Colón y sus triunfos inesperados, brotó antes que en ninguna otra parte, y con tan insidiosas invenciones como en cualquier otra, en España, el teatro de su gloria, y el nombre de Alonso Sánchez de Huelva todavía excita prolijidades vituperables de una erudición bastarda y mal dirigida, bajo la ilusión de un falso patriotismo, por oponer un nombre obscuro nacional al nombre brillante del genovés español, cuyo resplandor es tan grande ante el espectáculo de la Historia, como la luz del sol ante el espectáculo del día. Escritores españoles de gran nota, ya que no pudieron con la fábula de Behaim, que llegó á su noticia, poner en eclipse la viva llamarada del genio en Colón, flecharon sus dardos envenenados contra otro extranjero no menos ilustre y para los españoles no menos venerable, contra Fernando de Magallanes, su-

poniendo que en el giro y dirección de su navegación temeraria en busca de la comunicación de los dos grandes Océanos, sólo tuvo que guiarse por las indicaciones del globo que, según unos, vió en la cámara del rey D. Juan II, y según otros, Behaim construyó para él. Pero esto no es sino otra conseja de la envidia inventada contra otro extranjero glorioso, encumbrado, en alas de sus triunfos, en servicio de los Reyes de Castilla. El descubrimiento de la Patagonia enteramente se le debe, como consecuencia lógica del viaje de prueba que emprendió, y en que, después de gozar de la embriaguez suspirada del triunfo, le tocó ser víctima sangrienta de su valor y su audacia antes de demandar los lauros de la victoria al puerto de partida.

No es á mí á quien me toca reseñar, sino por incidencia, aquel viaje homérico en busca del lejano estrecho á que aquel ilustre navegante portugués, alma templada en crisol de acero, puso por timbre inmortal el escudo de su nombre. Pero no puedo menos de hacer resaltar aquí todo lo que vale en la apreciación de aquella grandiosa conquista de la geografía y de la ciencia, un hecho tan culminante. Desde el momento en que se adquirió la certeza de haber puesto el pie en las primeras expediciones del descubrimiento en la tierra firme de un dilatado continente, el paso que lo comunicara con el mar opuesto á las costas exploradas, fué la preocupación asidua del mismo Colón y de todos los que persiguieron su obra portentosa. Aquella navegación heroica de Magallanes por mares desconocidos y preñados de borrascas, por costas ingratas é inhospitalarias, conlevando todos los furores del cielo y todas las iras de sus propios hombres, destaca de aquella odisea como un punto de los más luminosos y como uno de los eslabones más importantes del engranaje de aquella cadena de maravillas. Si Colón lo simboliza todo, puesto que él fué el primero en hallar la tierra desconocida del tenebroso oceano, tras él van en la hueste gloriosa que escaló el Nuevo Olimpo los descubridores del Continente Ojeda, Bastida, Solís; en pos de éstos, el descubridor del Pacifico Vasco Núñez de Balboa; pero á continuación, y no detrás, marcha Magallanes, hallando la comunicación entre los dos mares, y asido á él Sebastián Elcano, que dió el primero

la vuelta al mundo. Después de esta primera y gloriosa pléyade de descubierta vendrá la heroica é inmortal de los conquistadores sangrientos con aquellas figuras de gigantes y semidioses que se llaman Hernán Cortés y Pizarro. Pero entretanto, ¿qué empresa se asemeja á la dantesca expedición de Magallanes? Ya he dicho que desde que Cristóbal Colón descubrió en 1498 la Tierra Firme en las inmediaciones del Paria, á que siguieron las exploraciones minuciosas de Alonso de Hojeda, de Cristóbal Guerra y Peralonso Niño, de Vicente Yáñez Pinzón, de Rodrigo de Bastidas, de Diego de Lepe y el Comendador Vélez de Mendoza, apoderóse de Colón la convicción profunda de la existencia de un estrecho que pusiese en comunicación el mar Atlántico con el de las Indias. Las tentativas para encontrarlo, así en una como en otra dirección, fueron muchas y repetidas, pero infructuosas todas. En 1506, Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón se adelantaron hasta descubrir parte del Yucatán y el golfo de Honduras, y en 1508, continuando la cadena de sus exploraciones al Sur, hacia el Brasil, reconocieron la costa hasta los 40° de latitud meridional, debiendo ver por aquella parte el desaguadero del Río Colorado, principio de la tierra patagónica. En 1512, se preparó Solís para proseguir aquellas investigaciones; mas cuando en 1514 logró que se le diesen los despachos para su navegación, ya había ocurrido felizmente el descubrimiento mágico del mar del Sur desde el Darien por Vasco Núñez de Balboa, y Pedrarias Dávila había sido encargado de ir á poblar aquel punto. Salió, no obstante, Solís, con sus tres navíos, por las espaldas de Castilla del Oro, y entonces descubrió aquel encantado río del Plata, donde cúpole en suerte ser mísero despojo de los indios salvajes que poblaban sus orillas. Las noticias que de aquellos parajes trajeron los que regresaron, y la opinión cada vez más firme que se había formado de la existencia de un estrecho que la navegación necesitaba para comunicación más fácil entre los dos mares y las tierras asentadas sobre sus riberas, halló paladín proporcionado en un hidalgo portugués, Fernando de Magallanes, natural de Oporto, criado que había sido de la Reina Leonor, mujer de D. Juan II, el cual, después de haber viajado á la India con su primer virrey, Francisco de Almeida, y de haber



hecho cosas de portento en la entrada y saco de Quiloa, en la toma é incendio de Mombaza y en la conquista de Malaca, sintiéndose á su regreso agraviado de su Soberano, con otros dos descontentos como él, el insigne astrónomo Ruy Falero y el mercader flamenco Cristóbal de Haro, que se hallaba establecido en Lisboa, vinose á Castilla en 1517 á ofrecer sus servicios á la Corona.

Acababa Carlos V de arribar á España desde Flandes, y apenas llegado á Valladolid, trasladóse Magallanes desde Sevilla á la corte y acometió en seguida su negociación. Mientras duró la discusión de sus propuestas, activamente procuró el Rey de Portugal que sus gestiones fracasaran, dando de Magallanes al Emperador pésimos informes, y reclamando su persona para que le fuera entregada; pero la firmeza de su carácter y su vigilante industria lograron dominar todos los obstáculos, y al cabo consiguió que se le diese una escuadra de cinco naos, cuya carena en Sevilla, aprovisionamiento y dotación fueron para Magallanes incesante palenque de las contrariedades y los artificios de la emulación. El duro temple de su alma se impuso entre trabajos sin cuento á todas las adversidades, en cuyo yunque el ánimo de Ruy Falero, que debía ser en su expedición su consejero y conjunta persona, llegó á enflaquecer tanto, que al fin perdió el juicio. No obstante, en los primeros días de Agosto de 1519, la armada de Magallanes se hallaba totalmente aparejada en la ribera sevillana del Guadalquivir para emprender su viaje, y el 10 del mismo mes salieron de aquellas aguas para Sanlúcar de Barrameda la nao *Trinidad* arbolando la insignia de su mando; la *San Antonio*, cuyo capitán era Juan de Cartagena, continuo de la casa Real de Castilla; la *Concepción*, mandada por Gaspar de Quiroga; la *Victoria*, por Luis de Mendoza, y la *Santiago*, por Juan Serrano. La expedición la componían 265 hombres, verdadera ricia entre los que había castellanos, vizcaínos, andaluces, portugueses, italianos, franceses, algún inglés y algún griego. En la *Concepción* iba por maestro Juan Sebastián de Elcano, muy ajeno, á la verdad, de que en aquella expedición había de compartir enteramente la gloria con el caudillo general, pues si á éste cabría la del éxito en el hallazgo del Estrecho que se buscaba, Elcano regresaría

á su patria con la no menos inmarcesible aureola de haber sido el primero en dar la vuelta al planeta.

Aunque al organizar la expedición en Sevilla, y antes de zarpár de las aguas del perfumado río, y en el acto de entregar á Magallanes el asistente de la ciudad, Sancho Martínez de Leiva, el estandarte Real que se guardaba en la iglesia de Santa María de la Victoria de Triana, cada cargo había hecho sus respectivos pleitohomenajes y todos el reconocimiento de su mando al navegante portugués, nombrado por el Emperador Capitán general de aquella armada, no tardaron en estallar en ella los conflictos de la disciplina, apenas emprendida la navegación. Hernando de Magallanes dió la vela en Sanlúcar el 20 de Septiembre, llegando el 26 á la vista de Tenerife, de donde pasó al puerto de Montaña Roja: de aquí, abastecido de pez, salió el 2 de Octubre navegando al SO. hasta el mediodía siguiente, que se halló en 27° de latitud N., y habiendo puesto rumbo al S. y S.  $\frac{1}{4}$  SO., Juan de Cartagena, el Capitán de la nao *San Antonio*, le promovió un altercado á gritos, reclamando se ajustara á la instrucción de su derrota, que tenía firmada de su mano, y según la cual Magallanes debía seguir rumbo SO. hasta la altura del 24°. Magallanes le contuvo con sus razones, le impuso su autoridad, y amenazándole con el castigo, según las facultades inherentes á su cargo, le conminó á que se redujera simplemente á seguirle, de día por su bandera y de noche por su farol, sin pedirle más cuenta.

El mar de odios en que desde aquel momento quedó sumergido el ánimo rencoroso de Cartagena, fué la fuente de donde ya emanaron todas las trágicas malaventuras que en su vida interior tuvo una expedición que había de realizar empresas tan grandiosas. El 15 de Octubre se hallaban las naos en el paralelo de Sierra Leona, donde le sobrevinieron más de veinte días de calma. Una de estas noches, Juan de Cartagena saludó con un marinero á Magallanes, diciendo: «*¡Dios os salve, seor capitán y maestro é buena compañía!*» Magallanes le envió á decir que no lo saludase de aquel modo, sino llamándole Capitán general, á que respondió Cartagena: «*¡Que con el mejor marinero de su nao le había salvado, y que quizá otro día le salvaría con un paje!*»; y en efecto, en tres días no lo volvió á salvar, aunque

en la instrucción Real se le mandaba hacerlo todos los días. A pocos, Magallanes mandó viniesen á su capitana los capitanes y pilotos de las otras naos, y estando juntos, después de una acalorada discusión sobre la derrota y el modo de saludar, el General agarró del pecho á Cartagena, y le dijo: «*Sed preso!*» Cartagena requirió favor á alguno de los capitanes y pilotos para prender á Magallanes, y no habiéndoselo prestado, quedó preso el capitán de la *San Antonio*, de piés en el cepo. Rogaron los otros oficiales que se le entregase á uno de ellos, y Magallanes le dió al tesorero Luis de Mendoza, tomándole juramento de que se le volvería cuando se le pidiese. Acto continuo nombró á Antonio de Coca para el mando de la nao, de que era contador.

El 8 de Diciembre se avistó la costa del Brasil, que era de playas planas, por los 19° 59' de latitud S., y el 13 entró en el Janeiro, á cuyo puerto los españoles llamaron Santa Lucía. Allí relevó á Coca de la capitania de la *San Antonio*, sustituyéndole por su sobrino Alvaro de la Mezquita, sobresaliente de la *Trinidad*, y provisto de aves, frutas y otros refrescos, el 27 de Diciembre continuó su navegación, reconociendo de cerca la costa con rumbo de OSO. El 10 de Enero se halló en latitud S. 35° con el cabo de Santa María, de donde corría la costa al O. La tierra era arenosa, y á un monte que tenía figura de un sombrero, dieron el nombre de *Monte vidi*. Navegóse por agua dulce y fondos de cinco, cuatro y tres brazas, reconociendo hasta lo más interior de un río que tenía de ancho más de veinte leguas, y que era el Plata. En él renovó la aguada é hizo mucha pesca. Se les acercaron muchas canoas con naturales del país; pero sin atreverse á llegar á bordo, hasta una noche en que un indio solo fué en una canoa y entró sin temor en la capitana. Vestía una pelleja de cabra, y Magallanes mandó darle una camisa de lienzo y otra camiseta de paño colorado, y habiéndole enseñado una taza de plata, el indio dió á entender que de aquello había allí mucho; pero á pesar de los agasajos huyó.

Siempre navegando y haciendo rumbo del S., SO., SO  $\frac{1}{4}$  O. y ONO. el 24, estando en latitud S. 42° 54', se encontró frente de una entrada que corría al NO., y reconociéndola para ver si

era estrecho, observó ser una bahía muy grande con cincuenta leguas de giro, sin fondo para surgir, donde en lo más interior halló ochenta brazas, y la nombró *Bahía de San Mateo*. Conforme adelantaba en el viaje iba teniendo más malos tiempos, con lo que se dispersaban las naos, y á los tres ó cuatro días se volvían á reunir. El 27, en latitud de 44° S., vió una bahía en cuyo paralelo, á distancia de tres leguas, había dos piedras; más adelante encontró otra, donde no halló agua ni leña de que se quería proveer. La tierra no tenía gente y era llana, con lindos campos sin árboles. Aquí soportó tres grandes temporales en que estuvieron en peligro de perderse y le faltaron varias amarras á la capitana. En algunos buques la tempestad de los ánimos corría parejas con la de los mares, y Magallanes creyó conveniente sacar del poder de Luis de Mendoza al preso Juan de Cartagena, entregándolo á Gaspar de Quesada, capitán de la *Concepción*. Para ejercitar los ánimos en otras ideas continuó el viaje á rumbos del S., SO., OSO. y ONO., y reconoció una bahía muy hermosa, con pequeña entrada; mas tantas fueron las tormentas y peligros que corrió en ella, que la llamó *Bahía de los Trabajos*. Navarrete cree que éste era el que después se llamó *Puerto Deseado*.

El 31 de Marzo, vispera del Domingo de Ramos, entró en el Puerto de San Julián, con ánimo de invernar, y como la gente iba tan alborotada en casi todas las naos, el arreglo de las raciones dió lugar á que estallasen los disgustos que habían de hacer presenciar á las costas de la Patagonia, en la primera visita que le hacían pueblos civilizados, escenas trágicas de rebeldía y poder, en que se cebó con crueldad la muerte. Algunos representaron al General, que no habiendo esperanza de hallar ni el cabo de aquella tierra inhospitalaria, estéril y fría, ni el estrecho que se buscaba, debían volver atrás; pero Magallanes los acalló ofreciéndose el primero á la muerte ó cumplir lo que al Rey había prometido. Las quejas y los rencores no se apaciguaron, y como al día siguiente, 1.º de Abril y Domingo de Ramos, el General invitara á todos los capitanes, oficiales y pilotos á asistir en tierra á una misa y pasar después á la capitana á comer con él, al acto religioso sólo acudieron Alvaro de la Mezquita y Antonio de Coca con toda su gente, excusándose Luis de Mendoza,

Gaspar de Quesada y Juan de Cartagena; á la comida sólo se presentó Mezquita. Aquella misma noche Gaspar de Quesada y Juan de Cartagena pasaron con unos 30 hombres armados de la *Concepción* á la *San Antonio*, prendieron á Mezquita y declararon suya la nao, diciendo que ya tenían la *Concepción* y la *Victoria*, y como Juan de Elorriaga, maestre de la *San Antonio*, dijese á Quesada: «*Requieroos de parte de Dios y del rey Don Carlos, que vos vais á vuestra nao, porque no es este tiempo de andar con hombres armados por las naos, y también vos requiero que solteis nuestro capitán*»; Quesada se descompuso, y gritando: «*Aún por este loco se ha de dejar de hacer nuestro hecho*»; sacó un puñal y dió á Elorriaga cuatro puñaladas en un brazo, con lo que se aquietó la gente, Mezquita quedó preso, el herido puesto á curación y Quesada ocupó la nao.

Dueños los amotinados de los tres buques, mandaron un esquite á requerir á Magallanes para que dejase de maltratarlos y cumpliera las instrucciones de S. M., ó de lo contrario, teniendo aquellas tres naos, y los esquifes de las cinco, le abandonarían; mas que si atendía sus súplicas todos se pondrían á lo que mandase, y que si hasta entonces le dieron tratamiento de merced, en adelante se le darían de señoría y le besarían pies y manos. Magallanes contestó llamándoles á la capitana, y como no fuesen, detuvo á su bordo el batel de la *San Antonio* que andaba en aquellas diligencias, y en el esquife de su nave mandó á la *Victoria* al alguacil Gonzálo Gómez de Espinosa con seis hombres armados secretamente y una carta para el tesorero Luis de Mendoza. Mientras la leía, el alguacil, alevemente, le dió una puñalada en la garganta, mientras otro marineró le descargaba otra en la cabeza, de lo que cayó muerto. Acto continuo Duarte Barbosa, sobresaliente de la *Trinidad* con otros quince hombres armados entró en la *Victoria* é izó la bandera, y en seguida acercaron esta nao á la capitana é hicieron lo mismo con la *Santiago*. Sin dar á la gente descanso, para que no se repusieran los insurrectos de su temor, la gente del General se apoderó de la *San Antonio* y la *Concepción*, prendiendo á Quesada, á Coca y más de otros cuarenta. Al amanecer del día 3 mandó Magallanes sacar á tierra el cuerpo de Mendoza, que fué descuartizado con pregón de traidor, y

el 7 fué degollado Quesada y descuartizado del mismo modo, sentenciando á Juan de Cartagena y al clérigo Pedro Sánchez de la Reina, por amotinador de la gente, á quedar desterrado, en aquella playa, sin más que unos costalillos de galleta y unas botellas de vino. Toda la chusma que se amotinó fué perdonada. ¡Tal fué el primer espectáculo que vieron aquellas tierras vírgenes, aunque inclementes, de sus primeros exploradores, pareciendo que el influjo de su inclemencia se había guarecido en el pecho del sangriento General! ¡Fué luego su muerte, también trágica é inesperada, después de su triunfo, y á manos de otra gente salvaje, la expiación providencial del drama aterrador que os he descrito, ciñéndome en todo al testimonio de Herrera y Navarrete? ¡Dios lo sabe! Porque, señores, ni aun los héroes están exentos en la vida de la ley remuneratoria de la moral en sus acciones, y el principio de esta ley, que es la recíproca garantía de todos los hombres grandes y pequeños, regentes y dirigidos, amos y siervos, es inviolable.

Hasta aquel momento la armada de Magallanes, aunque estrechada con frecuencia por horribles tormentas, no había sufrido ningún serio descalabro: desde aquel instante éstos se sucedieron sin interrupción hasta su muerte. El primero lo llevó la nao *Santiago*, del mando de Juan Serrano, enviada á explorar á lo largo de la costa hacia el Sur. Después de descubrir el puerto y río de Santa Cruz, el 22 de Mayo, sufrió, como á tres leguas de este paraje, un temporal que le rifó todo el velamen y en que le faltó el timón, yendo la nave á estrellarse sobre la costa, en la que quedó deshecha. El regreso por tierra de los 37 hombres que se salvaron desde el lugar del naufragio hasta el puerto de San Julián, les acabó de demostrar lo horrible de aquel suelo enteramente estéril para el hombre. Ni aun hierbas encontraban para comer: sólo algunos mariscos de los que el mar sacudía sobre las playas. Llegaron extenuados al lugar donde se hallaban las naves y donde fueron socorridos. Esto no impidió que Magallanes pensara en cumplir los deberes de su misión, tomando posesión de aquella tierra á nombre del Rey de España. Al efecto envió cuatro hombres bien armados, para que treinta leguas tierra adentro pusiesen una cruz, y les encomendó que si el país les era grato y

bueno se quedasen en él; pero no habiendo hallado agua ni gente, se volvieron.

A los dos meses de hallarse la armada allí aparecieron seis indios que querían ir á las naos. Entrados en la capitana, se les dió una caldera de mazamorra, que devoraron en un momento, «porque eran, dice Herrera, más grandes que el mayor hombre de Castilla». Vestían sus pieles características, y Oviedo añade «que por tener disformes pies, aunque no desproporcionados á su estatura, les llamaron *patagones*». La presencia de estos salvajes poca impresión dejó en la efeméride del descubrimiento de la tierra que habitaban. Se les enseñó oro y plata y se mostraron indiferentes á estos metales; no los conocían. Magallanes quiso retener dos en las naos para conducirlos á Castilla. Pigafetta cuenta que su detención dió lugar al único lance de hostilidad que hubo con los *patagones*, á quienes hasta allí se les había visto pacíficos y sin miedo. Las mujeres de los detenidos daban desde tierra espantosos gritos que llegaban á las naos, y encontrando un grupo de españoles que exploraban el contorno, los indios arremetieron á flechazos contra ellos, matando á Diego Barrasa, hombre de armas de la nao *Trinidad*: los demás debieron la vida á sus rodelas, porque se hallaban sin armas para defenderse. Magallanes envió otros veinte hombres armados para castigar á los indios; pero aunque los buscaron durante ocho días, no volvieron á verlos más.

En la suma de estos hechos que sucintamente os he recordado, se cifra el suceso del descubrimiento y primera toma de posesión de aquella extensa costa hasta entonces desconocida. Algunos de los puntos que visitó Magallanes recibieron entonces un nombre que el tiempo después ha perpetuado: otros han perdido el que recibieron en su primer bautismo español y cristiano. De cualquier manera la exploración geográfica quedó iniciada, y si Magallanes no la puntualizó de otro modo, fué porque con más poderoso atractivo y por la necesidad apremiante de adelantar el giro de su empresa, tuvo que proseguir su incierto camino á través de aquel foso terrible y dilatado en cuya entrada logró la fortuna de dar, y que lo llamaba, para cumplir al César el empeño que había adquirido, á hazañas de mayor gloria, como era la de encontrar al fin de aquellas

tierras la suspirada comunicación con el mar de la India verdadera.

El segundo y tercer viaje al Estrecho que, después de los sucesos referidos, halló Magallanes, y á que dió su nombre, verificados, respectivamente, en 1526, por el Comendador de la Orden de San Juan, Frey García Jofre de Loaysa, y por Sebastián Cabot, uno y otro con ánimo de visitar las Molucas, escasas circunstancias añaden á las empresas del país de que os hablo, cuyo tránsito y visita de algunos puntos de su costa, fué un mero accidente en expediciones dirigidas á otro objetivo. En una obra de mayor aliento sobre la Patagonia no podría prescindirse de ellos para apreciar con la debida consideración el paulatino y lento proceso de la geografía y de la historia, principalmente de la primera de estas dos ciencias, porque, señores, ¡cuántas observaciones son precisas para determinar la verdadera situación de un punto geográfico en la tierra! La expedición del comendador Frey García Jofre de Loaysa, que partió de la Coruña con siete navíos, á último de Octubre de 1525, sólo se hace notar por el signo heroico de los grandes sacrificios que costó al puñado de españoles que en ella tomó parte, durante su laboriosa navegación abundante en catástrofes y tormentas. En las desavenencias del General con sus capitanes, la nao de Pedro Vera se salió fuera del Estrecho «y nunca la vimos más», dicen las relaciones del tiempo. Ya antes á vista del Estrecho y pensando entrar en él cuatro velas un domingo, encallaron en el abra de un río cerca del cabo de las *Once mil Virgenes*, donde la nao de Juan Sebastián de Elcano dió de través en la costa, y al salir á tierra se le ahogaron nueve hombres. Los demás salieron medio ahogados, y como la tormenta recreció al día siguiente, la nao se deshizo, saliendo á flote las pipas de vino y mercaderías que llevaban, y perdiéndose todo el pan. Recogidos en otra nao, que los llevó á lugar de abrigo, cuando quisieron subir á donde quedó la perdida para ver lo que se podía salvar y recoger, aunque no tardaron por tierra más que cuatro días, al tercero pensaron ya perecer de sed; «*y con los nuestras orinas nos remediamos hasta que hallamos agua*», dice el autor de esta relación, actor y testigo de la empresa. En estas tormentas la nao capitana estuvo perdida y desamparada del Ge-



neral y de toda la gente, salvo el maestre y los marineros. La de D. Francisco de Hoces corrió fuera del Estrecho la costa hacia el Sur hasta los 58°, y dijeron después, los que tornaron, que les parecía que era allí acabamiento de tierra. En Mayo de 1526 las cuatro naos, que ya quedaban, sufrieron tal tormenta, que se derrotaron unas de otras y no pudieron jamás volver á juntarse. El hambre y la miseria dominaba á los que quedaron, y de hambre y miseria murieron el 30 de Julio el contador Tejeda y el piloto Rodrigo Bermejo; del peso de sus sufrimientos, luego, el Capitán general Loaysa, y el 4 de Agosto el nuevo Capitán general que habían nombrado, Juan Sebastián de Elcano, y el tesorero de la nao, y pocos días después el tercer General de la expedición, Toribio Alonso de Salazar y el maestre de la capitana, Juan de Huelva..... ¡Tantos y tan continuos y heroicos sacrificios nos impuso, señores, el honor, cuya gloria hoy aquí sostenemos, del descubrimiento, exploración, conquista y colonización de aquel Mundo que, después de creado por Dios, parece como amasado con nuestra sangre!

\*  
\* \*

Pero todavía nos queda una expedición heroica más netamente patagónica, la de Simón de Alcazaba, que fué por Gobernador de la provincia de León por parte de la mar del Sur, y que se embarcó en Sanlúcar de Barrameda el 20 de Septiembre de 1534, á bordo de las naos *Madre de Dios* y *San Pedro*, con 250 hombres en're bandas. Por hacer agua una de las naos, el 23 tuvo que arribar á Cádiz, y vuelto á salir de su bahía el 24, á la primera guardia dió la Capitana un topetón en un bajo, que es frente á Rota, de que se desgajó de la quilla un buen pedazo. Esta avería no se reparó sino en la Gomera, cuya isla dejaron el día 15, y dende á dos días, Alcazaba dió la orden de lo que se había de dar á cada pasajero: esto es, diez onzas de bizcochos pesadas por peso, y á cada diez hombres dos galletas de vino hecho brebaje, en que podrían haber tres azumbres para cada día; dos sardinas diarias por cabeza, y otras veces un poco de carne medio hedionda. Pasaban

semanas enteras sin dar carne ni pescado, porque entre las dos naos no llevaban sino tres pipas de carne que se dañó; otras tres de sardinas y como medio millar de cazones; con que durante el viaje sólo se daba el vino y el pan, excepto lo que cada uno llevara de sus matalotajes. A los veinte días se disminuyó la ración á veinte onzas de pan, y desde el día de San Andrés la de vino, á razón de dos galletas para cada quince hombres.

El 21 de Noviembre se hallaban en la costa del Brasil, y el 15 de Diciembre se perdió la nao *San Pedro*, pasando la capitana en tormenta continua la Pascua de Navidad y la de Reyes. El 2 de Enero de 1535 vieron tierra en Cabo Blanco, y el 13 la costa de Río Gallegos. El 15 se hizo aguada en la costa, y cuando se tuvo agua, se suprimió el vino. Tampoco, aunque lo había en las naos, se daba á la gente pescado, habas ni garbarzos. El 17 entraron en el Estrecho y el 18 apareció en él la nao *San Pedro*, que se había perdido y se había provisto de agua en el cabo de Santo Domingo. Como el invierno entraba muy recia-mente y los vientos eran muy contrarios, el 3 de Febrero retrocedieron á buscar abrigo en la costa y se ancló en la bahía del cabo de Santo Domingo, poniendo al puerto el nombre de *Puerto de los Leones*. Del 26 de Febrero al 9 de Marzo se fueron aderezando las cosas que eran menester para entrar la tierra adentro, así de armas como de vituallas, y estando todo preparado, Simón de Alcazaba se hizo jurar por Gobernador, diciendo que «esto era el eje de la conquista». Hizo sus capitanes y alférez y cabos de escuadra. Eran capitanes: Rodrigo Martínez, de Cuéllar, que llevaba 42 lanzones, y Juan Arias, de Zamora, que llevaba 42 ballesteros; alférez Zaraza, de Colindres, y cabos de escuadra, Chao, Navarro y Ortiz, de Medina de Pomar. Otro capitán era Gaspar de Sotelo, de Medina del Campo, que llevaba 42 lanceros, Ruison, su alférez, y sus cabos el portugués Nuño Álvarez, y otro medinés, llamado Recio. El cuarto capitán, Gaspar de Ávila, de Alcalá, mandaba 33 arcabuceros y 10 ballesteros, llevando por cabos al florentino Micer Luis y á otro vizcaíno llamado Ochoa. La guarda del Gobernador se componía de 20 hombres suyos, todos con templeones y rodelas.

El martes 9 de marzo mandó el Gobernador dar á cada hombre en una mochila quince libras de pan, sin ningún otro mante-

nimiento, debiéndolas llevar á cuestras juntamente con sus armas. Se anduvieron aquel día no menos de cuatro leguas por montañas y montes, sin caminos, que no lograron hallar. El despliegue de la columna para emprender la jornada se organizó en esta forma: la capitania de los arcabuceros iba delante, luego la de los ballesteros, luego la de los lanceros, que eran dos, una en pos de otra, y en la retaguardia iba el Gobernador con sus 20 hombres. A la delantera iba como de guía y descubierta Alonso Rodríguez, piloto de una de las naos, con su aguja y astrolabio y carta de marear, el cual ya se dirigía al Norte ya al Noroeste, llevando siempre el Noroeste por derecha. Así se caminaron como unas doce leguas, al cabo de las cuales el Gobernador y Rodrigo Martínez, éste por ser viejo y aquél por enfermo, no pudiendo pasar adelante, se volvieron á las naos con los hombres que ya en tan corto camino quedaron liñados, despeados y flacos, en número de unos 30. Rodrigo de Isla Montañez, de Escalona, quedó por teniente de Gobernador, y Rodrigo Martínez traspasó su capitania á Juan de Mori. Á las quince leguas de la costa entraron en una tierra desierta y despoblada, adonde no se hallaban raíces ni cosa ninguna que comer, ni leña para quemar, ni agua para beber. La fatiga de la gente era inmensa y quiso Dios depararles una laguna de agua recién llovida; mas con tanta prisa se resumía por aquella enjuta arena, que apenas bebió el último, desapareció enteramente. Anduvieron otras diez ó doce leguas y toparon unos harrancos muy hondos, donde volvieron á refrescarse bebiendo, y á otra legua de andadura dieron con un bohío de ranchos por cubrir cerca de un río muy caudaloso, y en ellos prendieron seis mujeres y un indio muy viejo, con quienes no hubo forma de entenderse por falta de lengua.

Los hombres habían huído y los españoles tomaron de sus viviendas algunos guanacos mansos que tenían y les servían de señuelo para atraer y cazar los del campo. De leña de sauces que había en las márgenes, formaron balsas para atravesar el río de dos en dos, y como ya nadie llevase pan, un soldado industrioso probó como por burla la cabezuela de un *cap-tus* y todos le imitaron, hallándola tan exquisita como el más rico manjar. Alonso Vehedor, el autor de la relación de esta

empresa añade, que si no fuera por aquel casual hallazgo, pues las indias que llevaban no los comían, hartos duelos hubiera entre la gente que iba ya muy descaecida. En otro río, donde fueron á dar, y cuyas aguas les supieron á gloria, bebiéndolas hasta en ayunas sin que les hiciesen daño, algunos que llevaban anzuelos pescaron una especie de barbos de gran tamaño. Todos estos trabajos tuvieron un vislumbre de esperanza de que terminarían felizmente y pronto de una manera muy grata; porque una india anciana que cogieron, por señas que les hacía con los cinco dedos, dábales á entender que á cinco jornadas más adelante encontrarían mucho oro; pero aunque marcharon diez y hasta treinta por una tierra cada vez más desierta, estéril é inhospitatoria, y la gente rendida ya no podía tirar más, y la india vieja siempre seguía señalando con los cinco dedos, sin entender ya los nuestros si quería decir cinco ó cincuenta, después de haber recorrido, según los cálculos del piloto más de cien leguas, habido consejo entre el Teniente Gobernador y los capitanes, se acordó dar la vuelta á las naos. El regreso se emprendió el último día de Pascua Florida.

El descontento de aquella gente rayaba en la desesperación, no sólo por las necesidades y fatigas que pasaban, sino por el desengaño cruel de sus frustradas codicias, pues á empresas de este linaje y por gente acostumbrada á la vida de las armas y aventuras de la guerra, no se iba sino en expectación de hallar nuevos imperios como el de los Motezumas y el de los Incas, con cuyos despojos enriquecerse. ¡No á otro precio se arriesgaba la vida en medio de tantas penalidades y trabajos! El hambre y el espíritu de insubordinación era tan grande que los capitanes Arias y Sotelo una noche vinieron de mano armada sobre la tienda del Teniente Gobernador y le tomaron una arroba de pan, azúcar, pasas y otras vituallas, y Arias quiso matarlo y á todos sus criados, lo que evitó el consejo de Sotelo, aunque no que los prendiese so pretexto de que había enviado despacho al Gobernador Alcazaba para que no los recibiera en las naos. El orden militar hasta allí observado en la columna aventurera se deshizo; la gente marchaba á la desbandada, buscando que comer, por lo que muchos se extraviaron y perdieron y otros perecieron de hambre, y aquella lucida colum-

na, que en formación tan bizarra y correcta rompió su primer marcha para exploración tan desengañada, fué llegando á las naos á ramos de cuatro en cuatro y de seis en seis hombres, tardando algunos hasta quince días.

En esto los cabos de la escuadra de Juan Arias se adelantaron, y una noche, de improviso, llegaron á las naos en un batel que habían tomado á nado. Asaltando la capitana, pasaron á estocadas en sus propios lechos al Gobernador y al piloto, echando después los cadáveres al agua. Se apoderaron de la nao y de la despensa, con muerte también del despensero, y aun quisieron matar al capitán Rodrigo Martínez. Sotelo y Arias, que llegaron después, hicieron paz y guerra de las cajas de los muertos, y de aquí empezó á haber nuevas discordias entre los dos caudillos de aquella sublevación. Sotelo quería que fuesen con las naos al río de la Plata á esperar á D. Pedro de Mendoza y juntarse con él. Arias sólo se proponía guarnecer la nao mayor, dotándola de los hombres más traviosos y recios que allí había é irse á robar por el mar á toda ropa, así de castellanos como de portugueses y genoveses, amparándose después en Levante ó Francia. Pero una mañana, en amaneciendo, el maestre de la nao capitana Juan de Echarruga y Martín de Loriaga, contramaestre, con otras cinco ó seis personas y varios marineros armados, prendieron también en sus camas al capitán Arias y sus camaradas y los metieron en la bomba mientras hacían grillos, y llamaron á Ochoa de Menaza para hacer justicia con ellos, alzando luego sus banderas por el Emperador. Al hacer recuento de la gente diezmada hasta el 30 de Junio en que llegaron los últimos rezagados de la expedición al interior, se sumaron unas 80 bajas entre muertos y perdidos, asesinados por los insurrectos y justiciados por Ochoa de Menaza. No acabaron aquí las desdichas de la expedición. Á poco de darse á la vela para el regreso naufragó la capitana. La nao *San Pedro* salvó las reliquias de tantas desdichas, y con ellas, aunque medio muertos de hambre, llegó el 11 de Septiembre á la isla de Santo Domingo.

Véase cómo, señores, un puñado de hombres que, animados de un ciego y desordenado sentimiento de codicia, salió dispuesto á hacer de cada una de aquellas existencias una leyenda

del heroísmo, trabajada por los sufrimientos y las penalidades, desalentada por el desengaño y perdida toda esperanza de reparación ó de desquite, dió en el extremo brutal de la insensibilidad y del crimen. ¡Tan cerca están en la condición humana los más incomprensibles contrapuestos, y sólo el imperio de las circunstancias muchas veces puede labrar en una misma naturaleza la aureola que encumbra á la gloria ó la sevicia que engendra el delito!

\*  
\* \*

Por mucho tiempo, después de estas trágicas tentativas, las empresas directas á la Patagonia quedaron suspendidas. En la expedición de Alonso de Camargo y de Juan de Ribera en 1540; en la de Juan Bautista Pastene en 1544; en la de Francisco de Ulloa en 1554; en las de D. Juan Ladrillero y Francisco Cortés de Ojea en 1558; en la primera de Pedro Sarmiento de Gamboa en 1580; en la de Diego Flores de Valdés en 1583, y en la segunda de Sarmiento de Gamboa en 1584, cuantos tocaron en la costa patagónica, aunque hicieran ya en su topografía, ya en su constitución, ya en su escasa población observaciones de mayor ó menor importancia, ninguno tuvo, como la de Simón de Alcazaba, un objetivo directo sobre aquel extenso territorio. Ya procediesen del Atlántico, ya de las gobernaciones del Perú ó de Chile, aquellas expediciones se dirigieron principalmente á reconocer con más precisión la tortuosa dirección del Estrecho y sus entradas y salidas, así como las tierras que le estaban más cercanas, por el extremo del continente, y por la que llamaban del Fuego. Solamente á Diego Flores de Valdés estuvo encomendado fundar poblaciones por aquella parte, lo que no logró, y en 1584 realizó con éxito desgraciado Sarmiento de Gamboa en el *Nombre de Dios* y el *Rey D. Felipe*. No por eso dejaban de otorgarse por el Consejo de Indias derechos é inmunidades sobre aquellos desolados desiertos que ninguno alcanzaba dominar. A D. Pedro de Mendoza, criado de S. M. y gentilhombre de su casa, que se ofreció á conquistar y poblar las tierras y provincias que habia en el Rio de Solis, ó sea el Plata, y por allí calar y pasar la tierra hasta llegar á la mar del

Sur, se le otorgaron en 1534 además en la banda opuesta doscientas leguas de luengo de costa de gobernación, que empezarian donde acababa la que tenía encomendada el mariscal don Diego de Almagro, hasta el Estrecho de Magallanes, pudiendo conquistar las tierras y provincias que allí hubiese. Cuando murió D. Pedro de Mendoza en el mar, esta misma concesión se renovó en 1540 en Juan de Ayolas, á quien él instituyó por su heredero, si no fuese muerto en las empresas interiores que le había confiado. Pero desde que se extendió el conocimiento, primero de los supuestos viajes clandestinos, ya de dos naves genovesas en 1526, ya de otras tres gallegas y furtivas en 1527, ya de las de la supuesta expedición francesa, ya de las portuguesas de López Vaz en aquel mismo año, y con mayor certidumbre y realidad de las de los piratas británicos Francis Drake, John Winter y Peter Curder, en 1578, al Estrecho de Magallanes, toda la solicitud de España estribó en fortificar y asegurar para nuestras naos el paso exclusivo de aquella angostura, á cuyo objeto se dispuso la escuadra militar y numerosa que salió de Sevilla en 1587 bajo el mando de Flores Valdés, llevando á bordo, condecorado con el título de Capitán general y gobernador del Estrecho de Magallanes, á Pedro Sarmiento de Gamboa. Así y todo el diario de tal expedición no ofreció sino una serie no interrumpida de desastres como los que llevo relatados.

No bastaron éstos, á pesar de ser tan continuos, para calmar el fuego de las imaginaciones acerca de las maravillas que todavía, como si se tratase de un lugar encantado, en uno y otro mundo se referían de aquellas tierras incógnitas é inaccesibles. Los espíritus estaban imbuídos de tal manera en las ideas de lo sobrenatural y maravilloso, sobre todo tocante á riquezas de imperios opulentos en que hacer igual carga de oro que de laureles, que más crédito se prestaba á las fábulas en que corrían estos inventos, que á las trágicas narraciones y á la elocuente evidencia de la verdad. De entonces data la curiosa conseja de la existencia de una ciudad misteriosa llamada de *los Césares*. Conforme se fueron abandonando durante el siglo xvii las empresas militares y colonizadoras sobre el país patagónico, fué creciendo la fama de que á 160 leguas de Mendoza, 140 de San Juan Luis de Loyola, 190 de San Juan y 286 de Buenos Aires,

en la banda de los Andes patagónicos y equidistante del Estrecho de Magallanes y de la provincia de Cuyo, sirviéndoles de fortificación una laguna de muchas leguas, la laguna de Payegüé, cerca de Llanqueró, estero muy correntoso y profundo, existía en un ángulo de la Cordillera Nevada, donde las nieves son azules, rosadas y negras, entre los 45° y los 50° de latitud austral, una Confederación de tres poblaciones habitadas como por mil españoles y vario número de indios chiquitos y de otras tribus, llamadas, la primera, *Los Hoyos*, la segunda, *El Muelle*, y la tercera, *Los Sauces*, y todas juntas comprendidas bajo la denominación común de la *ciudad de los Césares*. Tenían estas ciudades murallas con fosos, rebellines y una sola entrada protegida por su puente levadizo y artillería. Sus edificios eran suntuosos, casi todos de piedra labrada y techados al modo de España. Nada igualaba á la magnificencia de sus templos, cubiertos de plata maciza. De este metal eran sus ollas, cuchillos y hasta las rejas de los arados. Para formarse una idea de sus riquezas, baste decir que los habitantes se sentaban en sus casas en asientos de oro.

Sobre el origen de estas ciudades se daban versiones diversas. Unos decían que las fundaron algunos españoles que pudieron escapar de la ira de los araucanos en el desastre de Osorno. Otros las daban un origen anterior en las reliquias de los navegantes que en cuatro buques en 1523 entraron en el Estrecho, de los cuales se perdieron tres, y el que quedó salvo fuese á refugiarse á Lima. Quiénes hacían proceder sus primeros habitantes del equipaje de otros navíos que entraron en el Estrecho en 1535, y que, habiéndose sublevado contra sus jefes, echaron las naos á pique. Quiénes los refirieron á la tripulación de otros tres navíos que en 1539 penetraron en la red de los canales magallánicos, de los cuales el primero naufragó, el segundo volvió de arribada, y el tercero pasó al mar del Sur. Por último, hubo quien aseguró que la base de aquellas poblaciones estaba constituida por las 280 personas de la escuadra de Flores de Valdés, con las que Sarmiento de Gamboa fundó en el Estrecho aquellas dos poblaciones del *Nombre de Jesús* y *Rey Felipe*, que totalmente perecieron á causa de no haber vuelto á recibir auxilios de España.



Claro es que todo esto era un tejido de aquellas fábulas y ponderaciones que á la sazón constituían la conversación ordinaria, no sólo de los yentes y vinientes desde la Península y desde todos los puntos de Europa, pasando por la Península, á América, y de América á la Península, sino de los que desde el viejo continente eran asombrados espectadores de los éxitos de Colón en su primer descubrimiento; de los de Cortés en Méjico, devorando el rico imperio de los Aztecas, y de los de Pizarro en el Perú, enriqueciendo á su soldadesca aventurera con los despojos del no menos opulento imperio de los Incas. Llegáronse á ponderar de tal modo hasta las fuerzas vegetativas de las nuevas tierras halladas, que hubo quienes ante escribano dieron fe del rábano criado en el valle de Cuzapa, á cuyas hojas se ataron cinco caballos, y que, sin embargo, al comer de él le hallaron muy tierno. ¡Nada digamos del melón de Icaque, que pesó cuatro arrobas y tres libras! De la existencia de la ciudad de los Césares no sólo se hablaba por testimonio extraño, sino que por su fe de hidalgos juraban haberla visto multitud de personas constituídas en alto rango social las unas, y en elevadas jerarquías religiosas, políticas y militares las otras. Así se vió en 1605 al Gobernador de la provincia de Buenos Aires, Hermandarias de Saavedra, emprender una expedición formal para buscarla: sólo que en vez de dirigir su exploración al OE. para acercarse á la cordillera, siguió el rumbo de la costa y fué á dar á la *bahía sin fondo*. Frustrada aquella tentativa, sus sucesores no pensaron en mucho tiempo en hacer ensayos de este género; lo que no obstó para que en 1642, teniendo en Madrid por verdadero lo que se seguía diciendo de aquella ciudad incógnita opulenta, se mandase al Gobernador de la Plata que á sus moradores se les hiciese pagar su tributo. ¡Tributo á los Patagones!

Hasta en su principio, las misiones cristianas, que continuaron en nombre de España, su asidua obra civilizadora por los más recónditos rincones del Nuevo Mundo descubierto, no dejaron de tomar interés en el hallazgo de esta ciudad misteriosa, cuyas maravillas desconocidas de tal modo se decantaban. Desde el archipiélago de Chiloé, en 1675, el padre jesuita Nicolás Mascardi atravesó los Andes en busca de la ciudad de los Césares; pero apenas descendió de la cordillera Nevada, fué muerto por los

indios poyas. Ocho años después, en el de 1683, el Gobernador de la provincia del Plata, D. José de Herrera Sotomayor, representó al rey Carlos II la necesidad de la conversión de los innumerables indios que poblaban todos los espacios y costa larga de mar, desde el distrito del puerto de Buenos Aires hasta el Estrecho, en una extensión de 238 leguas de graduación que había desde esta ciudad, fuera de otras parcialidades y naciones que existían tierra adentro sobre las márgenes de los ríos y lagunas que tenían su principio en la gran cordillera de Chile, con lo que se asegurarían aquellas costas, que no estaban sino en manos de enemigos hasta ahora. En efecto, por Real cédula de 21 de Mayo de 1684, se dió licencia al Procurador de las provincias jesuíticas del Paraguay y del Tucumán, P. Diego Altamirano, para emprender la obra de la catequización de los indios, para lo cual se daría á los misioneros una escolta de 50 soldados, «con tal que las poblaciones que se hiciesen de los indios que fueran sometiendo, hubiesen de ser en lo más mediterráneo y tierra adentro, huyendo de las poblaciones en la costa». Pero las primeras misiones no pasaron de los territorios habitados por los indios pampas y serranos. La de 1707 ahondó más: por el Tandil y el Volcán, rumbo de SO., llegó hasta el pie de la cordillera, sirviéndole de guía el español Silvestre Antonio de Rojas, que hacía muchos años vivía entre los indios pe-güenches. Esta expedición anduvo 330 leguas, atravesando el territorio de los mayuheches, pimuches y chiquillanes, la mayor parte por llanuras de 30, 40 y más leguas, sin pastos ni aguas; y al llegar al de los puelches se envanecían de que otras 30 leguas más allá encontrarían la fabulosa ciudad ambicionada. Pero, á pesar de las descripciones de Rojas, la ciudad nunca fué encontrada.

No en expedición religiosa, sino militar, en 1711, el general D. Juan de Mayorga, vecino de Mendoza, juntó gente por mandado del Gobernador y Presidente de Chile, D. Juan Francisco Uztáriz, y acometió la misma empresa. Su ejército pasó mil penalidades, y después de una batalla con los indios, la gente se amotinó y hubo que retroceder para no entregarla á la muerte. No volvió á despertarse el periódico ardor de aquellas tentativas, hasta 1740, en que bajo los auspicios del Goberna-

dor de las provincias del Plata, D. Miguel de Salcedo, volvieron los jesuitas á introducirse en medio de los indios, y además de haber obtenido opimos resultados en su obra de evangelización, lograron imbuir ciertos principios de organización política entre aquéllos. Crearon una especie de municipio, condecoraron á los caciques y jefes con títulos de autoridad, y después de acostumbrar á los indios á una vida más arreglada y laboriosa, les enseñaron en la colonia de la Concepción, que fundaron, á labrar los campos, que por vez primera recibían de las manos del hombre los beneficios de la agricultura. Por cédula de Felipe V, de 6 de Diciembre de 1741, se reforzaron aquellas misiones con escoltas de 20 á 25 soldados, y se ordenó hacer entrada en el interior de los patagones y extender la labor de la misión hasta el último extremo magallánico. El padre Juan José Rico aceptó la invitación de S. M. y obtuvo otra Real cédula de 24 de Noviembre de 1743 para que el Gobernador de Buenos Aires, D. Domingo Ortiz, mandase á la exploración de la costa sur hasta el Estrecho una embarcación que llevase á bordo dos PP. de la Compañía de Jesús y la escolta correspondiente, con medios para fundar, donde mejor se estimase, un nuevo establecimiento. Reiterada en 23 de Julio de 1744 y 5 de Enero de 1745, la anterior Real cedula, el 6 de Diciembre de 1745, salió de Buenos Aires el navío *San Antonio*, del mando del teniente de navío D. Joaquín de Olivares y Centeno, llevando á bordo á los PP. José Quiroga, Matias Strobl y José Cardier, este último fanático con la idea de descubrir los *Césares*. El objeto de aquel viaje era señalar un punto favorable para fundar una población. Se reconoció el Puerto Deseado, el de San Julián, la Bahía de San Gregorio y Cabo de Matas, y aunque pareció el mejor el segundo, todavía no satisfizo, del todo por ser aquella tierra estéril, pobre de caza, de combustible y hasta de agua potable.

El cuadro de aquellos sacerdotes en el trabajo de su exploración, descrito por los PP. Quiroga y Cardier, es interesante. Cuando iban por la campaña, sin camino, el P. Quiroga marchaba en medio y los demás extendidos en ala á lo largo; cuando por sendas de indios, el P. Quiroga se ponía el primero, atemperando su paso al de los menos fuertes para no hacerlos caminar

más de lo que pudieran. Llevaba al pecho el crucifijo y un báculo en la mano, y en él grabada una cruz. Llevaban 25 soldados al mando del alférez D. Salvador María del Olmo, y en Buenos Aires todos los de aquellas milicias querían ser de la mística expedición; pero el Gobernador hubo de atenerse á las órdenes de S. M. El P. Matías Strobl animaba á la gente con continuas pláticas y se dió principio á la novena de San Francisco Javier, apóstol de las Indias: de modo que las jornadas se hacían pensando en Dios, bendiciendo sus pasos civilizadores por medio de la oración y encaminando al honor de la patria aquellos ásperos trabajos sufridos con santa resignación. Después de persuadirse de la esquividad de aquel punto para recibir el beneficio que llevaban por norte de su empresa, pasaron en el *San Antonio* al Puerto Deseado. Su exploración no fué menos desengañada. Cansados de caminar tierra adentro, no hallaron huella ni rastro de hombres, ni bosques, ni leña, sino tal cual matorral, ni agua dulce, ni tierra fructífera; sino peñascos, quebradas y horribles despeñaderos. Apagaron la sed que los devoraba en algunos pocitos de agua en las concavidades de las peñas, de la lluvia que había caído el día antes. Desde los altos no se descubrían sino tierras interminables de la misma aterradora desolación.

Aun así no se apagó el fervor piadoso de aquellos misioneros, y en los años de 1746 y 1747 se emprendieron las exploraciones en dirección á la cordillera, continuando la catequización comenzada con frutos. Indudablemente éstos hubieran sido opimos, á no venir á esterilizarlos la bárbara medida de Carlos III de la expulsión total de los individuos de la Compañía de todos los dominios de España. Una Real orden de 4 de Octubre de 1766, dispuso que dos frailes de San Francisco pasasen al territorio de los patagones para tantear la reducción de los indios en las costas del Estrecho de Magallanes, y aunque salieron para este objeto el 17 de Septiembre de 1767, los resultados no correspondieron á las esperanzas que se depositaron en ellos.

El beneficio de las misiones de los jesuitas en las relaciones de los indios con España tuvo resultados tan inmediatos como los siguientes. En 1752, la Casa de Contratación de Cádiz mandó á

Buenos Aires á Jorge Barne, capitán del navio *San Forge*, con carga de ropa y esclavos negros. El consignatario le mandó al puerto de San Julián á cargar sal con un bergantín llamado *San Martín*. Por Marzo tenía su carga hecha, y antes de volver á Buenos Aires, trató de dejar allí alguna gente que cuidase del tráfico de la sal. Se ofrecieron á ello Santiago Blanco, natural de Galicia, un indio paraguayo, llamado Hilario Taparay, y un chino, de nombre José Gombo. Al volver en Noviembre todos habían desaparecido. Jorge Barne dispuso una batida tierra adentro para buscarlos. A distancia de tres leguas del puerto halló unos 150 indios á caballo, cuyo aspecto agigantado inspiró miedo á la gente que él llevaba. Pero los indios que entre sus jefes tenían un catequizado, se acercaron sin hacerles daño, los montaron en sus caballos y los llevaron hasta el puerto. Volvieron á internarse, y á pocos días hallaron otros mil cuatrocientos indios é indias con sus hijos, los cuales los acogieron con cariño, y por ellos pudieron comprender que el indio paraguayo y el chino mataron al gallego Santiago Blanco, así como al chino Gombo lo mató después el paraguayo Taparay. Este incidente revela también que desde el Gobierno de Buenos Aires comenzaban ya á ensayarse sobre las tierras patagónicas otras empresas muy distintas de las de los dos siglos antecedentes: las empresas de la utilidad por medio de la explotación de los productos naturales y el comercio. En efecto, en estas tentativas seriamente se pensaba ya de igual manera por el Gobierno de Madrid.

\*  
\* \*

Entre los jesuitas de nuestras misiones había ido á la Patagonia un joven irlandés Thomás Falkner, que, prescindiendo de su celo cristiano, fué siempre más inglés que español. Después de la impolítica y poco piadosa expulsión de los de su Orden por Carlos III, se retiró á Inglaterra, donde publicó un libro de sus observaciones en las regiones australes de la América Meridional, excitando al Gobierno de su país á que tomase posiciones en un territorio abandonado por España, y que ofrecía

muchas ventajas á los navegantes ingleses por su proximidad á los mares del Sur. Carlos III, que desde Nápoles trajo á la corona de Castilla prevención personal hostil contra los ingleses, alarmóse con la publicación de aquel libro y transmitió á su hijo Carlos IV el cuidado de vigilar aquellos territorios para evitar que sus enemigos se estableciesen en ellos. Diversas expediciones marítimas, ya con objetos políticos, ya con pretextos científicos, fueron enviadas á aquellas extremas regiones desde 1758 por el general D. Pedro Ceballos, Gobernador de Buenos Aires; pero al mismo tiempo se formó el proyecto de fundar á lo largo de la extensa costa patagónica algunos establecimientos comerciales, que sirvieran de base á futuras poblaciones. Para dirigir mejor esta empresa, por Real cédula de 1.º de Agosto de 1776 se elevó á virreinato el Gobierno de Buenos Aires. Hasta entonces en toda la Patagonia oriental no existían más que dos sombras de establecimientos españoles, el del Río Negro y la guardia de la Bahía de San José. Sustituido Ceballos por el mejicano don Juan José Vertiz y después de un nuevo reconocimiento de la Bahía sin fondo, de la de San Julián y de los demás parajes que se consideraban aptos para la población, en 14 de Mayo de 1776 se expidió título de comisario y jefe superior de las nuevas poblaciones nonnatas á D. Juan de la Piedra y de superintendente á D. Francisco de Viedma, un rico propietario y agricultor de Jaén, que habiendo querido declinar este cargo, por hallarse muy contento con el estado floreciente á que había hecho llegar sus propias posesiones en Andalucía, se le contestó, que por este mismo motivo se le designaba para aquella empresa, para que hiciera con las desiertas costas de la Patagonia lo que había hecho en las fértiles campiñas de Jaén. En 22 de Julio se publicó otra Real orden para que se estimulase en aquellas provincias, cuyos instintos emigradores son de tradición inmemorial, concertar con algunas familias de España pasar á las nuevas tierras que se iban á colonizar, y que se compusieran de gentes instruidas en todas las labores del campo y otras faenas concurrentes á la mejor enseñanza de las cosas domésticas, para que con su ejemplo se lograra que aquellos naturales llegasen á la perfección apetecible para formar buenos vecindarios de pueblo. Al cabo, en 15 de Diciembre, salió de Montevi-

deo una expedición de cuatro embarcaciones armadas en guerra con 114 hombres de tropa y oficiales, llevando á bordo á don Juan de la Piedra. El 7 de Enero entraron en una bahía á los 41° 30' de latitud S., que llamaron *Bahía sin fondo*. Se hicieron reconocimientos en el río Colorado y en el Negro, donde se estableció población. Se continuaron las mismas operaciones por el puerto de Santa Elena, el golfo de San Jorge y Puerto Deseado, donde ya los esperaba Viedma. No más pronto fué reunirse los dos jefes de la colonización, que no poderse entender, estallando entre ellos un mar de discordias, que obligaron á Viedma á retirarse á Montevideo en el paquebot *Santa Teresa*. Entre tanto la mala calidad de los víveres que La Piedra había llevado y la falta de agua potable y de caballos, bueyes y mulas, para acarrearla de los puntos donde se hallara, enfermó la gente, y en pocos días murieron de escorbuto 28 hombres.

Viedma no sólo elevó sus quejas á Madrid, sino que ponderó los países que había visto, y enumeró, entre las ventajas que de su colonización se sacarían, la pesca de la ballena, el abasto de sal á Buenos Aires, fomentando el comercio de carnes, abrir puertos seguros de arribada y almacenes de abastecimiento á la navegación, caminos por mar y por tierra para Valdivia y Chile y asegurar las fronteras de Buenos Aires y proteger nuestros buques en aquellos mares contra las piraterías de los ingleses y de sus colonos insurrectos. Dispuesta una nueva expedición bajo la jefatura de Viedma, el 1.º de Abril de 1780, desembarcó en el Puerto de San Julián, procediendo desde luego á ratificar los derechos posesorios de España sobre aquellos territorios, y tomando posesión real, civil, corporal *vel quasi* de aquel puerto, su tierra, entradas y salidas y demás pertenencias adyacentes, á cuyo efecto embarcó y desembarcó, cortó ramas, arrancó matas, deshizo terrones, movió piedras, dió mandobles al aire, retando á quien viniera á disputarle aquel derecho, y no habiendo aparecido nadie, se levantó acta ante testigos, y certificó el contador de la armada D. Vicente Falcón. En la misma forma el 20 de Febrero tomó posesión del puerto de Santa Elena, el 6 de Marzo del de San Gregorio, el 3 de Mayo de Puerto Deseado, y el 4 de Julio comunicaba estos

actos al Ministro D. José de Gálvez, informándole de que, reconocido el Puerto de San José, no era sitio á propósito para poblar, en contrario de lo que La Piedra había informado en 1778 y en 1779 D. Custodio Sá y Faria. Tantas esperanzas se habían puesto en Madrid en aquella empresa, que el 15 de Abril de 1781 se hizo salir del puerto de la Coruña la fragata portuguesa *San José y San Buenaventura*, su capitán D. Juan Acosta, conduciendo 500 personas desde dos años de edad arriba y 36 niños de los dos años abajo de las familias colectadas para las nuevas poblaciones, y hasta 658 individuos con la tripulación. Ya el Intendente de Buenos Aires había recibido orden de tener preparados dinero, arados y mantenimientos para cuando tocasen en las aguas del Plata. El intendente don Manuel Ignacio Fernández compró, por cuenta de la Real Hacienda, un paquebot y cinco bergantines para conducir desde Montevideo á la costa patagónica tropas, operarios, víveres y efectos, gastando en todo esto 83.509 pesos fuertes y un real. Encargado de los reconocimientos topográficos el piloto don Basilio Vallarino en 24 de Abril de 1782, fundó el primer pueblo estable, y que aun subsiste, de aquel país: la población de CARMEN DE LOS PATAGONES, á la que dió este bello nombre del bergantín que mandaba, *Nuestra Señora del Carmen y Ánimas*. Otras poblaciones en la misma forma, aunque no con la misma vitalidad, se fundaron sobre la Bahía de San Julián, sobre el Río Negro en los puertos de San José y de San Antonio, y sobre el río de Santa Cruz; pero antes del año estaban desacreditados. Sólo en el establecimiento del *Carmen* se había logrado una cosecha de 1.269 fanegas y tres cuartillas del trigo del que se sembró: en los demás, la vida era imposible, y los pobladores se alimentaban de los víveres que les transportaban los buques y de la escasa carne de guanaco que los indios les proporcionaban. De Madrid se comunicaba á Vertiz que era preciso moderar los gastos de la colonización ante la inminente perspectiva de la guerra con la Gran Bretaña, y como Vertiz entonces representara que hasta Mayo de 1782 se habían gastado en los establecimientos patagónicos 1.240.051 pesos fuertes y 3 reales, y como los pobladores informaran además que sufrían muchas incomodidades y veían perecer á sus compañeros, en Buenos



Aires y Montevideo primero, y después en Madrid, preponderó la idea del abandono, hasta que llegó á realizarse.

Todavía en 1789 formóse una compañía marítima para fundar uno ó dos establecimientos en la Patagonia, empezando por Puerto Deseado; pero el único pensamiento de consideración que por aquel tiempo se formuló, y que ochenta años después ha venido á realizar la República Argentina por medio de la conquista de la Pampa y de la ilustre expedición militar del general Julio A. Roca, que ha dotado á su país de una nueva línea de fronteras, después de haber visitado un poco del desierto y elevado los conocimientos militares hasta el lago de Nahuel-huapí cerca de la cordillera, fué el de nuestro Sebastián Undiano y Gaztelu, un navarro vecindado en Mendoza, dónde se había casado con una natural del país, y que en 1800 propuso la conquista pacífica de 17.000 leguas cuadradas de territorio, sin invadir extranjeros ni derramar sangre humana. Proponía ya una nueva línea ó frontera de defensa formada con los caudalosos ríos Diamante y Negro, que al fin y al cabo fué el objetivo y fué el triunfo de la expedición argentina de 1880.

\*  
\* \*

Tiempo es ya de terminar. El deseo de presentaros, señores, un cuadro lo más completo posible, dados los términos á que hay que circunscribirse para una conferencia, de la variedad de empresas é iniciativas que durante tres siglos acometió España casi sin tregua ni descanso por dar á aquel inmenso territorio los medios de vitalidad y de cultura de que se halla desprovisto fatalmente por la Naturaleza, me ha obligado á no trazaros sino bosquejos al vivo de cada una de las principales tentativas, destituyéndolas, en gracia de la brevedad, del relieve de la elocuencia y de los razonamientos de la profunda filosofía á que se prestan. Cábeme, sin embargo, en estos breves esbozos, el honor, que desde aquí reclamo, de ser el primero en haber compuesto el embrión histórico que habéis escuchado, y que sin textos de autoridad ni guías previas y prácticas de otros acreditados escritores, he tenido que entresacar de los olvidados do-

cumentos del tiempo; si bien algunos de éstos han sido publicados originales en las colecciones de nuestro Navarrete en España, de Amunátegui y Vergara en Chile y de De Angelis en la Argentina. Exploradores en el sentido de la ciencia y en el sentido del arte, no han faltado en los cincuenta últimos años, y las producciones literarias que han emanado de sus doctas plumas forman ya una regular biblioteca en que abundan los nombres ilustres. Pero no busquéis en estos libros la fe de la historia. Sólo se ha acudido á ella cuando las dos Repúblicas limítrofes han contendido sobre los derechos de su posesión, únicamente hasta aquí zanjados en el pequeño territorio de la Isla del Fuego. En todo lo demás prepondera el fárrago de la novela, las impresiones personales y las deleznable observaciones de paso. La salsa de estos libros de viajes, á falta de base histórica y de cimiento verdaderamente científico, consiste en alguna anécdota tomada al vuelo y que no siempre suele conformarse con la verdad. Pero en lo que directamente la representa, en la recolección de los documentos diplomáticos, debo aprovechar aquí esta ocasión, que es tan solemne, para rectificar algunas opiniones de Pedro de Angelis, vertidas indudablemente bajo la presión de las circunstancias, y en aquel tiempo, por ventura, pasado para siempre, en que era moda en la América recién emancipada siempre y con todo motivo hablar mal de España. Con el ejemplo y el testimonio de los hechos que os he expuesto, lícito ha de serme afirmar que no es cierto que España no haya *hecho nada* para mejorar la suerte de la Patagonia en los tres siglos de su Soberanía. Ciertamente no era posible agotar en ella los medios de colonización, administración y gobierno, de que fuimos hasta pródigos en la Nueva España, en el Perú, en las provincias de Chile y del Plata, en el Nuevo Reino de Granada, y en las Audiencias de Quito y de Panamá. ¿Pero no son más laudables, por lo mismo que fueron siempre frustrados, los esfuerzos perdidos en región tan insensible á los beneficios de nuestra civilización? ¿Qué medio de dominación fecunda economizamos? Á la efeméride de su exploración y reconocimiento se une un nombre tan grande como el de Fernando de Magallanes, no inferior á Colón y á Cortés, los dioses mayores de aquella nueva cumbre celeste. La romántica expe-

dición de Simón de Alcazaba alcanza proporciones legendarias, y en el pretendido descubrimiento de la *Ciudad de los Césares* se aspira así como un aroma embriagador de un cuento de Hadas. La presentación de los misioneros jesuítas en aquel campo virgen de conquista y evangelización, es patética y sublime, y cuando el sentido utilitario y práctico de la administración se impuso en el siglo último á todos los ensayos de los procedimientos antiguos que caían en desuso, nadie que de conciencia sana y recta presuma, censurará de avara y cicatera á una nación como la nuestra que en pocos años envió algunos miles de sus hijos á emigraciones tan inciertas y gastó en apoyar aquella última tentativa de colonización millón y medio de pesos fuertes.

¿Qué pudo hacer España más? ¿Qué han hecho sus sucesores? Nuestros herederos independientes de uno y otro lado de la cordillera andina en este siglo no han dado un paso más de los que nosotros dimos. Hasta ahora la única población que merece el nombre de tal, que allí existe, Carmen de Patagones, fué fundada por nosotros á siete leguas de la embocadura de Río Negro. Teniendo esta población de origen español por base, en la orilla opuesta del mencionado río se ha formado otra casi tan grande como ella, y en diversos puntos, entre Río Negro y el Colorado hasta la ensenada de San Blas, varios caseríos aislados. Una colonia de galenses ha asentado sus reales junto á la margen del Chubut, pero se sostiene á expensas del Gobierno argentino, que los auxilia. También Chile sostiene una colonia semejante en Punta Arenas en el Estrecho magallánico. Veremos si el reciente reparto que las dos Repúblicas se han hecho de la Tierra del Fuego, da á aquel sucinto suelo patagónico, más susceptible de habitabilidad que el del continente, la animación que los ingleses, apoderados en este siglo de las Malvinas, han prestado á aquellas islas patagónicas, antes casi solitarias. De cualquier manera, el cuadro que os dejo bosquejado demuestra, respecto á nuestra patria, en las tierras desoladas de la Patagonia y en los tres siglos de su dominación, lo que al principio os dije, que la paternal solicitud y los heroicos sacrificios de España no se regatearon en ningún tiempo, desde su descubrimiento por Magallanes, á pesar de la esterilidad, inclemencia y

pobreza de aquella tierra, como si se tratase de conquistar en ella las risueñas vegas de Méjico, las majestuosas cordilleras del Perú ó las alegres márgenes del Orinoco. Nuestro papel, esencialmente civilizador, á par que heroico, en aquella parte, como en todas las demás del pedazo de planeta que regalamos desde entonces al progreso de la humanidad, á la redención de la fe y al triunfo de la civilización, fué perfectamente cumplido. Allí como en todas partes, erigiendo los altares de nuestra gloria, nos hicimos dignos de la gratitud universal.

HE DICHO.